

LA GLOBALIZACIÓN DE LA INJUSTICIA

Un Modelo con Problemas. Hay un mal de muchos que no puede ser consuelo de tontos ni de nadie con un mínimo sentido de la justicia y la decencia: la globalización de las desigualdades sociales, producto de las enormes transferencias que los pobres y la clase media están haciendo a los ricos en nombre de un modelo, de una visión del mundo: la economía global de mercado. Los tiempos requieren replantear ya la viabilidad de este arreglo, pues de continuar las tendencias actuales, es posible que el futuro simplemente no valga la pena.

A raíz de la espectacular muerte súbita de la Unión Soviética en 1991, la ortodoxia económica neoliberal ha penetrado en la imaginación y en el discurso de casi todos los grupos dirigentes del mundo, y de una manera tan profunda, que lleva a recordar algunas de las ideas fijas del pasado - fanatismos- que finalmente tuvieron malos resultados; ejemplos sobran, y van desde la obsesión de la Iglesia medieval por el rescate del santo sepulcro hasta la seguridad que los partidos comunistas mostraron en el triunfo final del proletariado.

La Idea Fija. El presidente Ernesto Zedillo y el equipo de tecnócratas del que surgió y del que está rodeado, al igual que una buena parte de las élites dirigentes internacionales, consideran que la única manera de ganar el futuro es entregárselo a las supuestamente impersonales fuerzas del

mercado para que sean ellas las que de aquí en adelante hagan la asignación de recursos escasos.

La lógica de ésta nueva ortodoxia es simple: se parte del supuesto de que la economía es un conjunto tan enorme y complejo de acciones y decisiones, que ninguna institución excepto el mercado -la mano invisible de la oferta y la demanda- puede tomar decisiones justas y sensatas sobre precios, salarios, producción, flujos de capital, tasas de interés, ganancias, empleo, etcétera. Esta teoría, defendida con enorme inteligencia y medios lo mismo por las universidades de élite que el Fondo Monetario Internacional, pasando por un buen número de los premios Nobel de economía, el Banco Mundial o por el Grupo de los Siete, es lógica, simple y hasta elegante ¿pero corresponde a lo que realmente ocurre en México y el mundo subdesarrollado o Europa y Estados Unidos? hay elementos para responder que no.

Los mercados no son estructuras de la naturaleza sino creaciones humanas. Tal y como están trabajando hoy, esos mercados son muy imperfectos, pero esa imperfección trabaja justamente en favor de los pocos y en contra de los muchos, sobre todo porque está apoyada por la política, el dinero y la fuerza.

El Caso Mexicano. Que el mercado esta mostrando ser una fuerza más negativa que positiva desde el punto de vista de los intereses de la mayoría, es una afirmación que puede ilustrarse

con muchos ejemplos, empezando por el que esta más a la mano: México.

Desde 1982 nuestro país simplemente no ha podido retomar un ritmo aceptable de crecimiento pese a, o por, los cambios que se han hecho a su economía: privatización, Tratado de Libre Comercio, aumento de las exportaciones, disciplina fiscal, etcétera. Hoy, los mexicanos que viven en lo que el INEGI define como pobreza extrema, son 17 millones, aunque otras fuentes los ponen en 22 millones (*La jornada*, 23 de julio). En contraste, la revista norteamericana *Forbes* (15 de julio) nos informa que el número de mexicanos con fortunas superiores a los mil millones de dólares -número que había disminuido a raíz de los "errores de diciembre"-, ya volvió a crecer y mucho: ¡aumentó en 50 por ciento en un año!, pues de mediados de 1995 a mediados de 1996, a pesar de, o quizá por, la terrible crisis económica, pasó de 10 a 15, con Carlos Slim y sus 6, 100 millones de dólares a la cabeza.

México, que siempre ha sido un país de injusticia, hoy lo es aún más. Por lo que a la distribución de la riqueza se refiere, vivimos en una de las sociedades más desiguales del mundo, pues mientras en 1994 la mitad de los mexicanos menos afortunados recibía apenas el 16.2 por ciento del ingreso disponible, el 10 por ciento más privilegiado obtuvo el 41.2 por ciento. Ese es, en la práctica, el resultado del neoliberalismo mexicano. Si por un momento dejamos los grupos por ingreso y enfocamos la atención a las regiones y sus

indicadores de desarrollo económico y social, encontramos a un México dividido en dos: un norte relativamente próspero y un sur que pese a sus recursos petrolíferos, se queda cada vez más rezagado.

Lo Mismo Ocorre en el Centro. El mal social de la injusticia que afecta a México es, como se dijo, un mal de muchos, incluido los Estados Unidos. Si las cifras que presentan Michel Wolff *et al* en *Where We Stand* (Nueva York, Bantam Books, 1992), son ciertas, la famosa economía de mercado también se está cebando sobre los pobres de allende el Bravo. En una lista de ocho de los países más desarrollados, y que incluye además de Estados Unidos, a Canadá, Holanda, Suiza, Gran Bretaña, Alemania, Noruega y Suecia, Estados Unidos tiene el índice más alto de desigualdad social. Si el nivel de pobreza en Noruega es del 5.2 por ciento de la población, y el de Gran Bretaña de 9.7 por ciento, el de Estados Unidos es de 17.1 por ciento. Mientras en Noruega las muertes por desnutrición son de uno al millar en mujeres y cero en hombre, en Estados Unidos son de 13 y 7 respectivamente. Así pues, el centro económico y político del sistema mundial, no va nada bien para una parte sustantiva de su población. Aunque, claro si en vez de comparar a nuestro vecino del norte con Suecia lo comparáramos con nosotros mismos, entonces la situación cambia: en Estados Unidos la relación entre el 20 por ciento de los ciudadanos con mayor ingreso y el 20 por ciento con menor ingreso es de 1 a 9; en México es de 1 a 17.

Europa. ¿Y Europa? Cada vez ese continente está más dividido entre la Unión Europea -los ricos- y el resto. Pero no es sólo que la distancia entre Alemania y Francia por un lado y Polonia y Hungría por el otro, aumente. No, la distancia también está aumentando dentro de cada uno de los países, por regiones y clases sociales. En ese triángulo dorado cuyos vértices lo forman Saarbrücken en Alemania, Luxemburgo y Metz en Francia, hay un mundo de riqueza formidable, superior al promedio norteamericano. Sin embargo, esa región es muy diferente de otras dentro de la misma Alemania o Francia. Si ese triángulo de riqueza se amplía para incluir a Barcelona en España, Lombardía y Piamonte en Italia y luego en el norte de Bélgica, se tiene la zona donde se concentran los que han ganado sistemáticamente con la reforma económica en Europa. Pero junto a esa riqueza, está el atraso del "sur" de cada uno de los países de la región. En España, por ejemplo, la diferencia entre el ingreso promedio en Cataluña y el de España en general, es del 20 por ciento.

El desempleo, es otro fenómeno asociado en todas partes con el modelo económico actual. En 1993 el 11 por ciento de la fuerza de trabajo en la Unión Europea estaba desempleada, pero la cifra sobrepasaba al 20 por ciento entre los menores de 25 años en España, Irlanda, Francia, España, Italia, Bélgica y Grecia. Si a los países mencionados se le añaden Gran Bretaña, Alemania y Holanda resulta que de todos modos los desempleados un tercio son ya crónicos: simplemente la economía no tiene

lugar donde acomodarlos ahora o en el futuro; el desempleo estructural es parte del modelo.

Tras una caída de la URSS, más de uno pensó que la Europa Occidental podría tratar de incorporar dentro de sus prósperas estructuras de unificación económica a la Europa del Este, como ocurrió con las dos Alemanias, pero ese no va ser el caso. La Fundación Bertelsmann ha calculado que si en las condiciones actuales la Unión Europea absorbiera a Polonia, Hungría, la República Checa y a Eslovaquia, tendría que subsidiarles con 20 mil millones de dólares anuales, y no hay apoyo político para ello.

La Visión Global. De acuerdo con el Informe sobre desarrollo Humano de la ONU para 1996, 89 de los 174 países reportados, están hoy económicamente pero que hace diez años. Por otro lado, en el mundo, un puñado de 358 personas controlan una riqueza equivalente al ingreso anual de varios países que, en conjunto, tiene al 45 por ciento de la población mundial, (*The New York Times*, 15 de julio). En fin, no tiene sentido dar más cifras, el mal de muchos es claro: si las características del proceso económico que hoy domina en el planeta continúan, la polarización social llegará a niveles incompatibles con las estructuras políticas democráticas.

La revolución industrial del siglo XIX fue un proceso económico brutal, que dislocó comunidades, concentró riqueza y creó un proletariado miserable. Esa desigualdad e injusticia terminó por dar a una ideología revolucionaria y muy combativa que

propuso un futuro diferente y mejor: el socialismo, que, para implantarse, recurrió a todas las vías, desde las urnas hasta las balas. No se necesita ser profeta para señalar que así como en el siglo pasado surgió una reacción frente a los excesos de ese capitalismo en su etapa inicial, algo equivalente puede surgir en el futuro para enfrentar a los excesos de la economía de la globalización neoliberal.

La economía puede y debe quedar subordinada a la política, pero a una política democrática y no, como es hoy el caso, a una política inspirada en el mismo espíritu que guió a los piratas del siglo XVIII y a los "robber barons" del XIX. Simplemente es inaceptable tener en México un secretario de Hacienda, Guillermo Ortiz, que asuma con tranquilidad que bien puede pasar "muchísimo tiempo" antes de que traduzca en bienestar para la población la supuesta mejoría que muestran sus cifras macroeconómicas (*La Jornada*, 23 de julio). Ni política ni éticamente es sostenible una posición como esa, que carga sobre las espaldas de los otros el costo de sus decisiones y errores de una élite política que vive en una atmósfera de comodidades similares o superiores a las del primer mundo.

En un artículo de Christopher Lasch ("La rebelión de las élites", *Nexos*, no. 214, octubre, 1995, pp. 37-45), el autor señalaba que la tan temida rebelión de las masas que en 1930 anunció José Ortega y Gasset, finalmente se ha convertido en lo opuesto. Hoy es a las élites a las que les queda perfecta

la dura caracterización que Ortega hiciera de las masas: no muestran tener ningún compromiso con los grandes deberes históricos, son obviamente ignorantes de la fragilidad de la civilización y desconocen el carácter trágico de la historia; en realidad tienen esa "increíble ignorancia de la historia" que Ortega dijo era propia de los mediocres. A las élites que dominan este fin de siglo, sólo les preocupa su bienestar material, dan por sentados los beneficios que hoy reciben y los exigen "autoritariamente, como si se tratara de derechos naturales". En cualquier caso, esperan un futuro de posibilidades ilimitadas y carecen por completo del sentido de obligación hacia los demás.

En resumen, si no nos forzamos a repensar y cambiar el rumbo de nuestro país y del conjunto de países que conforman el sistema internacional, el siglo XXI va a ser un sitio poco atractivo.